

El día que perdimos Cuba

Manuel Aparicio Villalba

Image not found.

Capítulo 1

El día que perdimos Cuba

(Relato completo)

Manuel Aparicio Villalba

© Todos los Derechos Reservados

Noviembre de 2018.

Aquel día no fue glorioso, no todos lo pueden ser, ni tan siquiera por el que vas a recibir una medalla del congreso. El marinero aprendiz Steve Hank, «el Pecas» para sus compañeros de navío, tenía sueño atrasado por la tercera imaginaria de la noche y porque tras ella, un picor destemplado quedó fijado en su inconsciente y ya no pudo dormir con la obsesión de la viruela. Cuando al fin el cansancio derrotó a la inquietud, apenas quedaba tiempo y tuvo que levantarse con toda rapidez de la litera superior ante el aviso de diana del suboficial de segunda clase. Hizo el catre con la falsa meticulosidad que le habían enseñado los veteranos: «Pecas, entérate, aquí lo importante es que parezca que está bien hecha, así que cuida que la colcha no tenga arrugas. Lo de las sábanas estiradas es un entretenimiento para casamenteras y los maricas de infantería». Así lo hizo, remitió aquella áspera manta gris en perfecta alineación con la almohada empapada por el sudor nocturno y le sobró tiempo para dirigirse tranquilamente a los aseos. Días antes, se había quedado sin su primer permiso de salida, porque en el pase de revista el oficial de guardia le recriminó que no se hubiera afeitado.

—Mi teniente, yo no tengo barba —intentó convencerlo sin éxito.

—¡Por eso, cojones!, por eso te tienes que afeitar y arrancarte la pelusilla de mocos, para que te salgan pelos de hombre, de esos que raspan a las mujeres y no le hacen cosquillitas como los culos de los bebés.

Esa mañana, se enjabonó con la brocha que le dejó prestada su padre el día anterior a su marcha, se pasó la navaja de barbero por su rostro imberbe y sobre el blanco del lavabo, solo quedó un pozo de immaculada espuma. Para dar testimonio de tal inútil acto, se empapó la cara y el cuello con una loción de afeitado que espantaba incluso a los mosquitos más fieros del Caribe, pero para su desgracia infantil no le escoció. Lo que sí consiguió fue que al pasar revista, el olor a cumarina delatará que estaba recién afeitado y que aquella mañana no sufriera con las picaduras de los insectos.

Steve Hank tenía diecisiete años, era pelirrojo, pecoso y de complexión tan delgada que su altura le hacía parecer desgarbado. Si lo veías acercarse, daba la impresión de que sus brazos estaban descompensados con el tamaño de las piernas, pero eso se debía a que siempre caminaba con los hombros caídos como de andar ausente. El «Pecas» era introvertido por su timidez y precavido por su desconfianza. Cuando en la oficina de reclutamiento le preguntaron por su religión, dijo metodista como podría haberse declarado adventista del séptimo día o presbiteriano. La diferencia radicaba en que el azar quiso que en su pueblo, décadas antes, fuera un pastor de esa doctrina el primero en llegar con su carronato de mulas de saldo y su rubia familia de los Países Bajos montada en el trasportín delantero. Su mujer, una estricta seguidora de los primeros profetas y a la que acabaron llamando «la Reverenda» porque siempre sellaba cualquier conversación con un versículo del antiguo testamento, se ganó el beneplácito y la fe de sus habitantes a base de regalar tartas de mantequilla holandesa envueltas en servilletas con tulipanes que bordaba durante las noches de abstinencia. Aquella receta de andar por casa se convirtió con los años en la mayor aportación de la localidad a la América profunda: «*El paraíso de las tartas de mantequilla*», así se publicita hoy en día en un gran cartel adornado con cuatro tulipanes despintados en su acceso de entrada a través de la carretera interestatal diez.

Si Steve Hank se alistó a la armada de los Estados Unidos, no fue por la acción, no era hombre bragado ni para disparar a los conejos que roían las mazorcas de maíz de la cosecha familiar, sino porque creía que era la única forma de dejar las extensas llanuras de cultivo de Arkansas y conocer el mar de los bucaneros con sus atunes azules y sus sirenas de ojos verdes que se alimentaban de medusas. La segunda vez que vomitó en su vida fue con su primera experiencia al levar anclas. No tuvo tiempo ni de pararse a pensar que ya no pisaba tierra firme. De una sola arcada, que le rebotó por las fosas nasales, embadurnó de un líquido ocre todo el carbón de la sala de máquinas donde ejercía de aprendiz. Entonces, frente a aquellas calderas, recordó su primer vómito, con siete años, a causa de un cólico por el hastío acumulado de tarta de mantequilla y entendió que el verdadero motivo de su alistamiento había sido el poder abandonar aquel pueblo de mierda con su célebre receta peregrina. Del mar se repuso a las dos semanas a base de aprender a dormir con los ojos abiertos y andar inclinado a favor de proa, de su asco a la repostería nunca tuvo ocasión. Por mucho que aquella mañana las mulatas del mercado de depósitos de San José le ofrecieron para probar las hojaldritas de papaya y dulces de Mamey, él las rechazó sin titubear, como a quien le ofrecen a probar el alpiste de los canarios que compraban por kilos los indios.

Aunque hay días que no son gloriosos, aquel 15 de febrero de 1898 era un día espléndido, de esos que auguran vida, como si Dios hubiera madrugado tras un sueño reparador y no con la resaca que se levantaba

la marinería tras los días de permiso. El primer sol proveniente de las Antillas iluminaba todos los colores que merecen resplandecer sobre las calles de la Habana. Las fachadas coloniales que se alzaban alrededor de la Catedral Virgen María de la Concepción, Inmaculada siempre, parecían puestas como un gran lienzo blanco para un pintor que preparara en su paleta la pintura roja rosada de los frutos del dragón y el rojo violáceo del azafrán molido, el verde pálido de las bananas maduras y el verde ácido de la guayaba, el naranja acaramelado de los mangos y el auténtico de las naranjas chinas, el azul despejado del cielo y el azul verdoso de la bahía donde calafateaban los buques. En medio de aquel exuberante cromatismo, Steve avanzaba con su uniforme blanco de pasear entre un bullicio de gente de todas las razas que se apartaban ante aquella docena de gringos uniformados con pasos descompasados que mascaban chicle de regaliz y vagaban por la Plaza de la Catedral sin saber a dónde ir.

—Aquí, en el barrio de Santo Cristo— dijo por fin Illinois, el más veterano del grupo—, hay un garito en la calle Mercaderes donde se puede apostar a peleas de perros. El carajote de Higgins estuvo el otro día allí y se llevó toda la noche presumiendo con el fajo de billetes que había ganado.

—¿Tú acaso entiendes de perros? —le interrogó uno de quien Steve no sabía ni el nombre.

—Eso mismo le pregunté a ese imbécil, y sólo me dijo que era cuestión de apostar por el más grande. ¿Tiene su lógica, no?

—¿Y entre un perro lobo y un pastor alemán, quién es más grande?
—preguntó Steve.

—¡Novato!, el que tenga los cojones más gordos. Tú mídeles los huevos.

Aun no habían terminado de bromear sobre las distintas formas de como «el Pecas» tenía que medir los testículos a los perros, cuando dejaron la Plaza atrás y enfilaron la calle San Ignacio. Al llegar a una correduría de seguros, doblaron por el Empedrado y a cien metros, se encontraron con el inicio de la calle Mercaderes. Era una calle estrecha por larga, paralela al Paseo del Puerto y que atravesaba toda la zona amurallada hasta desembocar en la Alameda de Paula. En su calzada izquierda, a la sombra de un balcón de madera repleto de guacamayos que conversaban entre ellos, Steve pudo contemplar por primera vez los pechos de una hembra. Al contrario que el resto de sus compañeros, apenas los miró, pero aquella imagen fugaz le dejó una extraña sensación de sonrojo que le duró el resto del día. Como aquel verano de su infancia, que vio por descuido las bragas de Brenda bajo un vestido floreado y descubrió que las mujeres podían erizarte la piel sin proponerlo. Al contrario de su rubia amiga de la niñez, aquella era una mujer negra, voluptuosa como una matriarca y tendría la edad de su madre o algo más. Una camisola blanca descubierta sobre los hombros y colocada bajo los pezones mostraba unas enormes

tetas de nodriza con grandes areolas de chocolate, mientras que lanzaba con descaro al aire bocanadas de humo del cigarro que fumaba.

—¿Cuánto costará? —preguntó uno de los marineros a Illinois, el más experto, pues contaba con cuatro salidas anteriores.

—No son rameras, aquí no las encontrarás; son amas de cría. Exponen su mercancía a las madres blancas. Existe la creencia que la leche de las negras hace más fuerte a los niños y les libra de enfermedades europeas. ¿Tú has escuchado alguna vez que un negro haya contraído la viruela?

Aquel comentario le trajo a Steve su obsesión del picor nocturno que arrastraba desde lo de Panamá, cuando su barco sufrió la cuarentena por tres casos declarados, y fregaron todas las cubiertas y bodegas con sosa cáustica, menos para su desgracia, la carbonera donde trabajaba por no dañar el combustible.

—Yo lo único que sé de los negros es que huelen mal, como si estuvieran podridos — comentó con rotundidad un tal Montgomery.

—Eso es por la selva —comenzó a explicar Illinois a quien le gustaba mostrar que manejaba todos los temas—. Mi profesora de catequesis nos explicó un día que el olor era porque así los animales y los monos se reconocen entre ellos, que nosotros por eso no olemos.

—Pues entonces el padre del Cabo Taylor era negro o una mofeta, con lo que le apestan los pies —Dijo con sorna uno de ellos.

Las carcajadas de aquel comentario no contagiaron a Steve que estaba más pendiente de su prurito imaginario y que solo la llamada de atención de Illinois le devolvió a la conversación.

—¡Y tú, novato, deja de rascarte que me tienes nervioso! Te vas a arrancar todas las pecas, cojones.

Aunque hay días que no son gloriosos, no por ello deberían ser horribles. A las doce y veinte de aquel quince de febrero, los marineros de permiso del acorazado americano entraron en uno de los casones más históricos de La Habana, cruzaron un claustro interior repleto de buganvillas húmedas y accedieron a través del portón del fondo a la antigua caballeriza convertida en el garito de «La tres ombligos». Al verlos entrar, su dueña, una vasca de raza y según ella descendiente directa de una de las parejas escogidas por Noé para su Arca, le guiñó el ojo a su encargado de las peleas de perro. El apodo de «La tres ombligos» se lo debía al infortunio. Siendo niña, un dogo argentino que amaestraba su padre le clavó sus dos colmillos en mitad de la barriga. Cuando consiguieron a base de palos que soltara a su presa, a la niña se le asomaban las tripas como dos serpentinas rojas. El médico que la trató solo pudo hacer el remiendo

de los partos; las anudó como si de cordones umbilicales se tratasen y dejó al destino la cicatrización de las heridas. En cuanto al dogo argentino, tuvo que ser sacrificado a los pocos meses, porque había saboreado las entrañas humanas y ya no le apetecía carne de perro.

La primera apuesta tuvo su complicación, no todo resultaba tan fácil como dio a entender Higgins. El tamaño de los animales era similar y lo de los testículos no sirvió porque eran hembras, de esas tan fieras que ni tan siquiera se dejan montar. Aún así, lo poco que pujaron lo pudieron duplicar cuando apostaron por una dóberman de piel de cuarzo, con ojos de color luna llena y un collar de circonitas para presumir, y que con la elegancia de una gran dama, volteó varias veces a una bull terrier. Nunca mejor dicho, aquella fue una lucha a cara de perros que se decidió por el cansancio de la perdedora y que dejó un olor a sudor agrio de animal en celo en la atmósfera del garito.

En la segunda pelea, la selección fue clara, y todos los marineros apostaron fuerte menos Steve, que no participó por su desconfianza innata a lo que no conocía. Un mástil blanco con la envergadura de un toro jabonero y de ojos sangrientos fue llevado con todas las precauciones por varios indios yucateros a mitad de la arena. Apenas lo podían contener con correajes de cuero de potro, mientras que intimidaba al público con sus agresivos ladridos de bestia salvaje. Frente a semejante criatura nacida para matar, un asiático colocó una pequeña jaula de bambú de la que tuvo que sacar arrastras a un diminuto perro de hocico hundido y ojos tristes que se quedó tembloroso frente al mastín. Sentado sobre sus patitas traseras y con la mirada perdida, parecía una figurita de porcelana china preparada para romperse.

—Pecas, en ésta no tienes que medirles los cojones —le gritó Illinois entre risas.

Todo pasó tan rápido que ni siquiera hubo pelea. Al instante en que soltaron los correajes del mastín, de un salto, el tembloroso perro se colocó a su grupa y cuando el mastín volteó la cara para darle un bocado, el pequeño, con una dentadura afilada a base de lima de media caña y una estricta disciplina «de perro ladrador poco mordedor», le arrancó de cuajo la mandíbula inferior que quedó colgando apenas sujeta por la lengua. Al mastín, los yucateros le tuvieron que sacrificar a machetazos en medio de una algarabía de dólares cambiados a las manos de «La tres ombligos».

—¿Qué ha pasado? —preguntaba Montgomery sin dar crédito a lo ocurrido.

—Que «qué ha pasado», que hemos hecho los imbéciles —contestó Illinois

mientras indicaba al grupo que salieran de allí con rapidez.

A las trece y treinta horas parecía como si la Habana hubiera cambiado con el ánimo de la marinería. El sol deslumbrante de la mañana había dado paso a una densa nubosidad tropical que descargó su lluvia durante diez minutos. El grupo de americanos corrió calle abajo hasta encontrar refugio bajo los soportales de la Plaza Vieja. Para Steve, aquella agua con sabor a manglar supuso un alivio para las ronchas que se había auto infringido por el absurdo picor.

—¡Mierda!, ¿alguien puede explicar este puto clima? —vociferó Montgomery con el uniforme completamente mojado.

—Nadie —se respondió «El Pecas» a sí mismo.

Así lo sentía desde que descubrió la verdadera América. Un mundo raro y efímero para un chico de Arkansas, donde las horas y los días de las estaciones se mantenían inalterables a los vientos y las lejanas mareas; al contrario que aquel paraíso primigenio descubierta por la causalidad de que la tierra fuese redonda, y donde todo era cambiante al capricho de las olas del malecón.

—Vamos a comer algo en La Complaciente —dijo Illinois cuando el cielo se deshizo de las nubes.

—Yo primero voy a hacer unas compras —respondió Steve.

—Lo que quieras Pecas. Esa taberna está en el Empedrado. Estaremos allí y si cuando llegues no estamos, es que ya no estamos.

Aunque hay días que no son gloriosos, pueden ser inolvidables. Steve se sintió aliviado al quedarse solo a pesar del escozor que le recorría toda la piel. Con el sol, volvió de nuevo la vida a la Plaza Vieja y con la vida, un sentimiento de tranquilidad en él. Con ese ánimo, salió de los soportales y se sentó en una bancada de madera. Durante varios minutos, se recreó en la fina estampa de las mujeres con paraguas de fieltro que se quedaban esperando en las volantas de grandes ruedas, mientras que sus esclavas domésticas acercaban a sus hijos para ser amamantados por negras de senos portentosos, y los dejaban sollozando en brazos de aquellas mujeres extrañas que calmaban el llanto a base de pezón contra los males europeos.

«Cómo serán los pechos de Brenda», llegó a pensar con nostalgia.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí? —Le sacó de su pensamiento la voz de un limpiabotas que se sentó junto a él.

—¿Cuánto?...Creo que una eternidad.

No tanto. Habían arribado hacía no más de tres semanas, sin previo aviso y saltándose toda las normas de cortesía diplomática. Un veinticinco de enero, a plena luz del día y con prepotencia gringa, fondearon su acorazado con cien metros de eslora y sus veinticinco cañones de meter miedo en la ensenada del puerto y allí se quedaron anclados hasta nueva orden.

—Es una operación por si es necesario proteger los intereses de nuestros ciudadanos. —Trató de excusarse el embajador norteamericano ante las autoridades españolas —. Es una operación siempre condicionada y exclusivamente de evacuación. —Intentó justificar el órdago cuando fue llamado a consulta.

—Habéis metido un buque de guerra en nuestro puerto —le contestaron.

—Somos naciones amigas, señor ministro, somos naciones amigas.

La amistad en geopolítica es extraña y más con los ambiciosos. Los Estados Unidos de América andaban con la ventolera de coleccionar estrellas para su salón de la fama y querían la de aquella isla, aunque fuese tierra de negros, mulatos, mestizos y criollos. Para ello, en medio de aguas revueltas por el conflicto de la independencia de los cubanos, buscaban ganancia de pescadores. Hacía varias semanas que un grupo de congresistas de Washington acompañados de abogados de Boston llegaron a Madrid con una oferta de compra como quien pretende adquirir una parcela. Las autoridades españolas los recibieron con educación y les enseñaron las dependencias del Palacio Real.

— Tenemos rey —les aclararon mostrándoles un trono en el salón de alabarderos.

— King, King, ok —respondieron dando a conocer que entendían.

En aquella jornada, les mostraron su galería de cuadros, más antiguos y valiosos que toda la patria de indios y vaqueros de ellos. Los llevaron a una sala de armas de cuando se guerreaba en serio, a daga y arcabuz que es así como se forjan las naciones dignas y no comprando títulos de propiedad. Los llevaron a comer cocido con todos sus avíos en un reservado del Lhardy para que dejaran de añorar su insípido pavo de acción de gracias y en la sobremesa de los eructos, antes de la corrida de toros, les dieron tres largas cambiadas y una estocada en forma de «malditos bastardos de ingleses, con quien se creen ustedes que estáis tratando; somos el glorioso imperio español».

Ya no hubo más asunto que tratar hasta el amanecer del veinticinco de enero, cuando el centinela del Castillo del Morro oteó en el horizonte a un

buque gris metálico más grande que todos los navíos del puerto y avisó al oficial de guardia que inmediatamente despertó al comandante, y éste ordenó toque de diana antes de su hora, y cuando todo el regimiento quedó despierto, se asomaron con las legañas frescas por el muro que daba a la bahía y vieron perplejos al más moderno acorazado de la marina norteamericana pasar por delante de sus narices.

—¿Una eternidad? —dijo el limpiabotas a Steve—. No será para tanto gringo. Es que aquí el tiempo pasa muy lento. ¿Quieres que le saque lustre a tus zapatos?, con esta lluvia mira como se te han puesto. Te los dejaré como los de vuestro almirante.

Steve se levantó de la bancada y negó con la cabeza mientras se marchaba. El mismo día que atracaron en puerto, un oficial les advirtió que tuvieran cuidado en las salidas con los vendedores ambulantes y especialmente con los del betún y cepillo, que estafaban a los forasteros solitarios por mucho uniforme que llevaran puesto.

—Que te vaya bonito gringo —le deseó el limpiabotas al verlo alejarse—. Y ten cuidado con las profundidades; este mar oculta demasiados recuerdos.

La comezón fue a más conforme avanzaba de regreso por la calle Mercaderes. Al pasar por las oficinas de los consignatarios, un hormigueo irritante le recorría piernas abajo y al poco quedó incrustado en las pantorrillas. Intentó obtener alivio en el museo de perfumes, pero le dijeron que en cuestión de botica solo tenían remedios para la impotencia.

—Busque consuelo en la tienda de santos de ahí en frente —le aconsejaron, pero su desconfianza evangélica no le permitió preguntar.

A la hora en que la calle comenzó a quedar desierta y los comercios colgaron sus carteles de «*cerrado por almuerzo*», el imaginario picor había subido a su rostro y quedó pegado en su paladar como una hostia consagrada. Parado en el abandono de la vieja Habana, se refregó con la lengua sin sentir alivio, por eso inconscientemente, se introdujo los dedos, pero lo único que consiguió fue descarnarse con las uñas todo el cielo de la boca. Dolorido por tan absurdo destrozo, con una mano se apoyó en la fachada de una velería y comenzó a escupir un hilo de sangre.

—Ay, hijo mío, ¿qué te ocurre, son los pulmones? —Una voz melosa le trajo de nuevo al mundo desde el acerado de enfrente.

—No señora, es mucho peor. Son los miasmas del picor.

Allí estaba la matriarca de grandes senos bajo el balcón de guacamayos,

exhalando humo de cigarro y preocupada por él.

—Ven aquí mi niño.

Steve Hank, apodado «el Pecas» por sus ingratos compañeros de navío, dejó atrás su desconfianza heredada por una agria reverenda y sin paso militar, se acercó a aquella negra portentosa. A esa hora, a más de dos mil kilómetros dirección norte, Brenda se estaría bajando sus bragas de algodón en cualquier granero de Arkansas para quedarse preñada de por vida. Steve no la volvería a recordar más desde el momento que quedó acurrucado entre aquellos senos de chocolate, y un pezón de amamantar infantes cambió el picor del paladar por un suave hormigueo que quedó anclado en su bragueta izando la bandera de su juventud. El miserable de Montgomery no tenía razón, la gente de color no olía mal, las axilas de aquella matriarca desprendían un olor a canela en rama que aromatizaba el sabor de caña de azúcar de su leche tibia. Encaramado encima de ella como un crio sin destetar, apenas oía al guacamayo barbiazul que desde el balcón de arriba le gritaba en lengua aprendida de marineros de Triana: «Santa Teresa, Santa Teresa, ponle la poya tiesa». Steve, con diecisiete años y la virginidad intacta, no fue consciente del momento que introdujo su mano de saludo militar en su bolsillo derecho y empezó a frotarse mientras era amamantado contra el mal de la viruela. Desparramado sobre la acera, tampoco fue consciente de la vuelta de sus almuerzos de los tejedores de sombrero, de los tabaqueros de los estancos, de todos los comerciantes al por menor que abrieron sus locales para que la calle se volviera a llenar de la burguesía criolla montada en sus quitrines, y de los indios que habían arribado hacía meses para trabajar en régimen de colomato las plantaciones de azúcar, y los contrabandistas del puerto que vendían mapas de tesoros piratas ya descubiertos, y las damas españolas que jugaban a contraseñas adúlteras tras sus abanicos de gasa. De lo único que Steve fue consciente, fue del momento que un cosquilleo le alivió de por vida su fingida urticaria, haciendo que se corriera sin remedio en mitad de la calle más transitada de la Habana.

Aunque hay días que nunca terminarán gloriosos, aquel 15 de febrero mostraba una luna lorquiana digna de una recepción de gala. Steve, curado de todo espanto, vio a su buque fondeado en la ensenada, entre las fortalezas y el faro del Morro. Un susurro de marea casi le deja dormido mientras esperaba la embarcación que le llevaría a su barco. El ruido de chapoteo de los remos le hizo incorporarse del bolardo donde estaba apoyado. Eran las ocho de la noche cuando toda la oficialía del acorazado con su capitán al frente bajó de la chalupa de traslado a tierra firme y se encontraron con Steve que nervioso fue saludando uno a uno.

—Marinero, mire usted la pinta que tiene. Ahora cuando llegue a bordo le da el nombre al oficial de guardia y le dice que le arreste —le indicó sin

contemplaciones el teniente comandante.

La mala fortuna te coge a veces por cuestión de minutos. Steve desconocía que todos los oficiales habían sido invitados a un baile de gala que daba el Gobernador español en honor a los americanos. De haberlo sabido, habría ajustado su vuelta para no encontrárselos. Mientras regresaba en solitario hacia el buque, los vio alejarse por el malecón con sus uniformes de academia y sus sables de saludo.

No eran aun las nueve de la noche, cuando se presentó al único mando que quedaba en el acorazado para indicarle la orden de arresto. En el libro de incidencias, éste anotó la amonestación y le impuso como castigo la anulación de salida en su próximo permiso y una guardia extraordinaria que haría esa misma noche en la sala de máquinas.

—Informa al marinero Job que descanse esta noche, tú lo relevas.

Lo que más molestó a Steve no fue el hecho de hacer la guardia, sino el no poder disfrutar de un reparador sueño sin picor tras meses de pesadilla. Quizás por eso, antes de bajar a la sala de máquinas, decidió subir a cubierta y disfrutar al menos del recuerdo de un día que aunque no fuera glorioso, había sido inolvidable. De la casa grande del Gobernador llegaban las floridas notas de los bailes de salón. La Habana mostraba indiferencia ante aquella melodía que trajeron los caballeros de Europa para mostrar a los nativos que eran gentes civilizadas. Las tristes violas de los palacios de invierno no podían acallar el pulso interno de aquella tierra forjada por la percusión de sus tambores afro-caribeños, y los pasos reservados del vals apenas movían el espeso aire habituado al ritmo alegre del danzón. A la hora en que Steve estaba en cubierta recordando el sabor ancestral de la leche del Caribe, el Capitán de Navío americano era recibido como si de un dignatario se tratase por el Capitán General de la Habana, Gobernador de la misma y heredero de una tradición imperial de virreinos. Ambos se cuadrarían intercambiando saludos y brindarían con Jerez por una amistad franca y duradera. A la hora en que Steve miraba la lejanía de la isla con la nostalgia de un enamorado, Illinois estaría cargando contra Higgins por haberlos enviado al garito de «La tres ombligos». A la hora en que la oficialía tomaba el segundo ponche, Steve anotó los registros de los termómetros de la carbonera. La temperatura de los mismos se hallaba en los márgenes de seguridad establecidos por los protocolos de maquinaria de vapor, y visados de puño y letra por el mismísimo Almirante de la Flota. Según esas instrucciones, la próxima revisión no le tocaría hasta pasadas cuatro horas, por lo que tuvo la tentación de subir a los dormitorios y decirle al imaginaria de camarotes que le despertase llegado al momento. No obstante, recapacitó y se quedó en la sala de máquinas con su rutina de no hacer nada.

El Capitán de Navío, Charles Dwight Sigsbee, relataría de por vida que fue en el quinto baile de la noche, antes del segundo minué. El Gobernador Militar, Ramón Blanco, lo sitúa justo en medio de su mala hora.

Posiblemente ambos tengan razón, pero para ser exactos, la historia lo documenta a las 21.40. Quien no mantiene conciencia de la hora es Steve Hank que perdió toda referencia de tiempo en el instante que una explosión por investigar hizo arder al carbón bituminoso de la santa bárbara, y la ignición se propagó a los pañoles de la munición que hizo estallar los compartimentos repletos de proyectiles de algodón pólvora partiendo al Acorazado USS Maine por su línea de flotación.

Hacía apenas siete horas, un limpiabotas le comentó que aquel mar ocultaba demasiados recuerdos. Steve lo pudo comprobar cuando su cuerpo sin vida bajó lentamente a las profundidades de la ensenada para contemplar los pecios con sus onzas de oro mordidas por los corsarios, con sus costosas sedas aún embaladas de fábrica, con sus mantones de la corte bordados por encargo, con sus frascos de vidrio incoloros, con su loza fina pintada a pincel, con sus perfumeros para el día y sus tarros de esencia para la noche, y la lámpara de Aladino con tres deseos, y el santo grial que bien vale una cruzada, y un barco repleto de negros yorubas y lucumis encadenados en sus bodegas que le preguntarían eternamente:

—Hermano de leche, ¿qué carajo hacemos aquí?